



La Lectura Popular

AÑO XX.

Orihuela 15 de Junio de 1901.

Núm. 428

El rasero de Don Lesmes.

Mi amo, se ha perdido usted el discurso más sublime y estupendo que sale de boca humana. El que D. Lesmes acaba de pronunciarnos en el café de Mangarrota á los ciudadanos que vamos á formar el comité del partido socialista igualitario de esta ciudad.

—¿Qué estás diciendo, Blas? ¿qué comité es ese? ¿qué discurso es ese? ¿qué os ha dicho el gagnápiro de D. Lesmes?

—Cosas admirables y consoladoras. Nos ha demostrado como dos y tres son cinco que todos somos iguales, que la democracia moderna ha levantado ya la bandera de la igualdad humana, y que dentro de poco habrán acabado para siempre los pobres y los ricos.

—¿Os los vais á comer crudos?

—No, señor. Quiere decir que habrá acabado ya la diferencia de fortunas.

—¿Y ha dicho eso D. Lesmes?

—Sí, señor.

—Pues dile que es un bárbaro.

—Es que lo ha probado con la ciencia en la mano.

—¿Con la ciencia en la mano?

—Sí, señor.

—Pues dile que es un animal. Mejor dicho: que él es uno y tú eres otro. Total dos.

—Mi amo, usted sofoca á cualquiera con sus indirectas....

—Pero hombre, ven acá. ¿Tú no comprendes que el dicho de D. Lesmes es un disparate? ¿Acaso no has oído aquel otro dicho que dice que «en el mundo siempre hubo pobres y ricos?»

—Sí, señor; los hubo pero D. Lesmes dice que en adelante ya no los habrá.

—¿Por qué?

—Porque la democracia con su rasero nos igualará á todos.

—No tienes tú mal rasero: ¡infeliz! Es-

cucha esta comparacion; y verás toda la estupidez que D. Lesmes encierra en su mollera, ó mejor dicho, toda su tunantería, Porque (eso sí) mientras os hablaba de igualdad, con seguridad estaría tomando algun chocolate á vuestra costa.

—Sí, señor; pero es porque dice que los hombres para, hablar, necesitan comer.

—Sí; pero los galopines, para comer, necesitan hablar, que es precisamente lo que hace D. Lesmes y todos los ganapanes de su calaña.

Y vamos á la comparacion, que es clara como el agua: figurémonos que tuvieses tú necesidad de levantar una gran casa, y despues de llamar á un arquitecto para que trazase los planos, y á un alarife para que los ejecutase, llamasas varios operarios; unos para acarrear piedra, otros para amasar la cal, otros para levantar paredes, etc.; te pregunto: ¿pagarías lo mismo á todos ellos?

—No, señor, ¿cómo es posible! á cada uno le pagaría segun su trabajo.

—Pues supongamos que al acabar este, hubo quien trabajó más y gastó menos, y ahorró para comprar un pedazo de tierra. ¿Estará bien que el día que la compre vaya D. Lesmes con el rasero, y en nombre de la igualdad la reparta entre los que no trabajaron.

—No, señor. Eso sería una injusticia.

—Pues esa injusticia es la que os predica D. Lesmes.

—Bien; pero es que en el mundo hay muchos malvados que disfrutan lo que ganaron mal.

—Justo: y por eso vas á repartir lo que ellos ganaron mal, entre otros que lo ganaron peor, ó mejor dicho, que no lo ganaron ni mal ni bien. El que en el mundo haya ladrones no es culpa de los hombres honrados.

—¿Pues de quién es?

—De los que en vez de predicar la justicia de Dios, predicán la de D. Lesmes. Es decir, de los que en vez de dar á cada uno lo que es suyo, andan siempre pen-

sando en repartirse lo ajeno. Como si con una injusticia pudiera curarse otra.

—¿De manera que, segun usted, la fortuna de los hombres no puede ser nunca igual?

—Sí,

—¿Cuándo?

—Cuando sean iguales sus talentos, sus fuerzas, sus habilidades, sus trabajos, sus virtudes, su salud, sus economías y hasta su modo de andar.

—¿Qué cosas tiene usted! ¡hasta el modo de andar!

—Claro, hombre; porque solo así es como gastarán lo mismo en zapatos.

—Déjese usted de bromas, mi amo. La cuestion social es muy triste, para no tomarla en serio. ¿Le parece á usted que no es doloroso contemplar ese abismo que separa al pobre del rico? ¿Ese gozar de unos, ese padecer de otros, esa falta de pan por una parte, ese lujo despilfarrador por otra, esa terrible iniquidad que deja hambriento al que trabaja todo un día, porque así lo exige el precio del jornal fijado por la maldita competencia?

—Sí, Blas, eso es muy triste; pero ¿qué?

—Que hay necesidad de un remedio.

—¿Y dónde está?

—¿Dónde? En la anarquía, en el colectivismo, en la liquidacion social: en una palabra, en el rasero de D. Lesmes.

—¡Infeliz! ¿por qué no dices en la justicia de Dios? ¿Cuándo has visto tú que un mal se cure con otro mayor? Ciertamente que Dios se vale de los males para castigar á los que los cometieron, pero no olvides que la vara del castigo se arroja siempre al fuego despues de usarla.

Lo que en el mundo falta hoy no son revoluciones y motines, sino *justicia y caridad*, y mientras esas virtudes no vuelvan á habitar entre los hombres, en vano se arrojarán unos contra otros, y se arrebatarán sus bienes, pues solo lograrán que el mal cambie de sitio, no que se vaya; cambiarán los verdugos, pero no el martirio.

—De manera que V. cree que el daño...

—Creo que el daño no está en que en el mundo hayan pobres y ricos, sino en que unos y otros no sean cristianos.

Desengañate, Blas; el mundo se ha de arreglar de dentro á fuera, no de fuera á dentro.

Para arreglar los negocios de los hombres hay que empezar por arreglar su corazón; y como en el corazón solo la religión puede penetrar, digo que el bienestar de la sociedad depende de la religión.

Parece imposible que los hijos del pueblo hayan olvidado esta verdad hasta el extremo de atacar esa misma religión que tanto les interesa.

—¿Por qué les interesa?

Porque el débil es quien más necesita la *justicia*, y el pobre es quien más necesita la *caridad*. Si la religión se perdiese, el pueblo debería inventarla. La religión es la piedra fundamental de la verdadera democracia; es el *rasero de Dios*, porque es la mano que abate á los poderosos y levanta á los humildes.

—En eso tiene usted razón.

—¿No he de tenerla? La religión es una fuerza niveladora que obra sobre el interior del corazón humano, despertando la energía de la conciencia y obligando al hombre á hacer lo que no quisiera. Ella grita al poderoso: *¡ay de tí si no haces justicia!* Y al rico: *¡ay de tí si no tienes caridad!* Ella solo, pues, ha podido engendrar esos grandes santos que han sido los verdaderos amigos del pueblo; esos hombres que han abandonado sus casas, que han repartido sus riquezas y que se han entregado en cuerpo y alma al servicio de los pobres y de los necesitados. ¿Cuándo presentará la impiedad democrática más verdaderos?

—Jamás.

—Entonces, ¿por qué se atreve á hablarnos de libertades, de igualdades y de democracias? ¿Qué entiende de eso la que solo supo engendrar tiranos, egoístas y ladrones?

—¿Ladrones?

—Sí, ladrones, porque la impiedad, para *igualar*, nunca dió de lo suyo, sino que tomó de lo ajeno. Nunca dijo al de arriba: *baja*; sino dijo al de abajo: *sube*; ó mejor dicho, ayúdame para que suba yo.

—Algo hay de eso.

—Más que algo. ¿Crees tú que si se relizase la llamada liquidación social, el pobre y el débil sacarían mucha parte? Pues te equivocas; porque el reparto sería reparto de lobos: el más fuerte se llevaría la tajada. Lo digo y le repito. La verdadera democracia, la verdadera igualdad solo puede arrancar de la *caridad* y

de la *justicia*. Solo la religión, que es el *rasero de Dios*, es capaz de atacar en sus raíces las malas pasiones de los grandes que es lo que conviene á los pequeños.

—Es verdad.

—Pues si es verdad, ¿por qué se dejan engañar? ¿No saben que el cordero será siempre cordero y el lobo lobo, y que si el lobo quiere revolución es porque tiene uñas.

Desengañate, Blas, el pueblo representará siempre en el mundo la parte débil de la humanidad, porque no pudiendo ser iguales las condiciones naturales de los hombres, ó sean su talento, sus fuerzas y sus virtudes, tampoco podrán ser iguales su fortuna y su poder.

Y siendo esto así, ¿á quién más que al pueblo le conviene el orden y la justicia, pero no la justicia del lobo, sino la del *Buen Pastor*; no la de la revolución, sino la del Evangelio?

—No la necesitamos, dice D. Lesmes, porque derribaremos á los que están arriba.

—Pues subiran otros y serán peores.

—Despojaremos á los ricos.

—Pues se pondrán en su lugar los que les robaron.

—Es que haremos un reparto igualitario.

—Pues á los quince días se acabará la igualdad.

No hay que darle vueltas; fuera de la religión no hay justicia posible.

La revolución no será nunca más que un cambio de tiranías, mientras el Evangelio será siempre la fuente de las virtudes.

¡La revolución! ¡El Evangelio! ¡Ah! Si no hubiera tanto interés en tapar los ojos al pueblo para que no compare estos dos *raseros*, ya sabría cuál habría de elegir para alcanzar la justicia que necesita, porque vería que con el primero hicieron siempre su agosto los ambiciosos, mientras que con el segundo redimió Cristo á los infelices.

¿Necesitaría más para abrir los ojos?

Creo que no. Por eso hay tanto interés en que los tenga cerrados respecto á religión, y hasta se arrancarfa la lengua de los que se la predicán.

¡Señor! ¡y que no se conozcan estas cosas!

ADOLFO CLAVARANA

LA DIOSA ROJA

Con este título ha extractado la redacción de *El Siglo Futuro* un magnífico artículo francés que pinta con admirable

claridad los efectos que está produciendo el *rasero de D. Lesmes* en el desgraciado pueblo víctima de las ambiciones sectarias de masones, judíos, y perdigueros de todas clases y condiciones.

Habla el autor.

«—Quién eres?

¡Soy... la huelga!...

Soy repulsiva y seca; tengo hundidos los ojos y el color terroso; cuando, como un fantasma, aparezco en el umbral de los talleres, me preceden ráfagas siniestras y vahos ponzoñosos, las máquinas se paran, los niños se ocultan, las mujeres lloran, y los obreros, sujetos á mi carro cual esclavos miserables, dejan de ganar el pan de sus hijos... Al día siguiente en su hogar no habrá fuego ni manjares en su mesa; pero no tienen libertad de quejarse... ni de pronunciar una sola palabra defendiendo su derecho á trabajar... Saben que soy inexorable, y no exhalarán un solo lamento... ni un solo...

Desgraciado del que osa resistir... pues lo marcaría con el signo del espía, del falso hermano, del Judas... y gritaría á los demás obreros: ¡sus, á él; si se os escapa hoy, mañana estará con vosotros, y le negaréis el agua y el fuego, y lo rechazaréis de los talleres, y lo haréis perecer con toda su familia!

¡Soy la huelga! Soy la que me deslizo á lo largo de las canteras; la que extiendo mi imperio á los muelles y á las minas; la que interrumpo el comercio y hago imposible la industria; la que dejo en el campo y sin recoger las cosechas; la que paro los trenes y quemo los tranvías... Soy la furia, el petróleo, la venganza y la ruina... Soy la muerte.

¡Soy la huelga!

¡Soy la huelga!... La que promete mucho sin tener nada; la que aumenta algunos céntimos los salarios; no evita que el obrero vencedor hoy quede mañana expuesto á las represalias de los patronos vencidos; pero me escucha cuando grito: ¡Vengan á mí los que trabajan!... ¡Levantaos, negros obreros de las minas, ejército colosal de los explotados, forzados de los talleres!... ¡Venid!... ¡Os daré la tarea fácil y la ganancia enorme, venid!... Y de todos haré patronos más dichosos que vuestros patronos actuales, pues gozaréis de los beneficios sin responsabilidades ni quiebras... ganaréis siempre y no podréis perder; cosecharéis en el jardín ajeno... ¡Venid!...

En la lucha de las clases la última palabra es la fuerza; y yo, soy la fuerza... pues soy la inercia gigante, el mundo social aplastando al átomo patronal; soy el obstáculo que para las máquinas; el agua que inunda las minas; el abismo entre el que fabrica y el que consume. Soy la ruina para todos... para el obrero y para el patrón... La hierba no crece donde pongo mi planta... ¡Soy la huelga!

¡Soy la huelga!... A menudo nazco de una bagatela, de una mala interpretación; pero más á menudo de una causa política en la

cual el obrero no es más que un desgraciado peón colocado en el tablero internacional; se le halaga, se excita y explota y se arroja en seguida con desprecio una vez conseguido el fin que determinados hombres se proponían.

Mi cuna es á veces la mesa vinosa de la taberna; á veces los antros donde la masonería urde sus planes. Nunca aplaco los furrores del corazón humano; al contrario, los enardezco; predico la guerra, nunca la paz, quito el pan y doy hiel á discrecion; Busco mis fúrmolas en medio del humo de las pipas y los vapores alcohólicos; Marsellesa es mi cántico; soy la enemiga de España, cuya industria destruyo para que, cerradas la fábrica de Cataluña, se compren los algodones de Londres, las sedas de Lyon y las filaturas alemanas; para que impro ductivos los campos nos manden los Estados Unidos sus granos y sus carnes; para que desiertas las minas paguemos la hulla á peso de oro á Inglaterra para que sacas todas las fuentes de producción pueda yo brindar á la masonería la ruina de España. Tributaria de los Estados masonicos; y sentada entonces sobre los restos de las máquinas y los escombros de las fábricas y de los talleres, contemplo cómo obreros y patronos emigran á países extraños en busca del pan que les falta en el patrio suelo.

!Soy la huelga!... Diosa infecunda que vivo para destruir, pues me llamo el Odio. y mientras arranco del trabajo á miles de obreros y arruino á centenares de patronos, los gobernantes y los políticos apartan sus ojos de mi aspecto siniestro, dedicándose á investigar cuánto vale la pobre túnica de un Capuchino, y gritan y se espavientan diciendo que España se pierde porque todavía hay hombres y mujeres que se reúnen para pedir á Dios y hacer bien al prójimo.

!Soy la huelga!... Soy la que asocio todos los odios exáto todas las pasiones, y mostrando el capital al formidable ejército de obreros, le digo: Ve, ve y golpea fuerte el brazo patronal que te sostiene! Todos sereis patronos todos iguales, en la igualdad de la ruina... ¡Viva la miseria!... ¡el caos!... ¡la negación!... ¡Viva la guerra!... ¡Estalle la lucha de clases!...

Me deleitan los gritos de furor, los ayes y los quejidos y el estampido de los cañones.

!Soy la huelga!... la diosa Roja!... no hay más que un ser que pueda oponérseme. Este no es la ley, ni las Cortes, ni nada del mundo... Es la palabra eterna del que dice al Océano: «!No irás más lejos!» Es el humilde crucifijo que sobrepuja á mi voz terrible gigantesca, diciendo dulcemente desde lo alto de la Cruz: «!Amaos los unos á los otros!»

EL ÚNICO REMEDIO

Lo que sigue es el único remedio práctico que ha de salvar la sociedad y al mundo de las catástrofes que la amenazan.

Habla el P. Coubé, uno de los oradores

más eminentes de este siglo, escitando á la práctica de la Comunion frecuente común camino de salvación y dice.

«!Venid, á comulgar! ¡Venid, hombres del mundo entero, á la Sagrada Comunion! ¡Solteros y casados, comulgad! ¡Patronos y obreros, amos y criados, labradores, comerciantes, soldados, magistrados príncipes y soberanos de los pueblos, los que sois los brazos y los que sois la cabeza de la sociedad, venid á comulgar! Comulgad, no sólo por el cumplimiento de la Iglesia en tiempo de Pascua, sino cada semana. Comulgad, no aislados, en particular, sino en grandes masas, en las fiestas grandes y solemnes, y con la fé y fervor que tan grande Sacramento pide. Y yo os aseguro, en nombre del cielo que halleréis en la Sagrada hostia la salvación social que buscáis, y veréis que no solamente los individuos, pero también los pueblos, deben entonar y repetir el cántico de súplica y de adoración: *O salutaris Hostia!*

I.

He dicho, señores que á los hombres les corresponde conjurar el peligro social, por ser ellos los que le crean. Y en efecto: ellos son los que escriben los malos libros y los que dan las malas leyes; ellos son quienes derrumban los tronos y levantan los cadalsos; ellos guillotinan á los reyes y clavan puñales en los presidentes de las repúblicas; y ellos son quienes forman las barricadas para lanzar desde ellas balas fraticidas.

Hubo, sí, en el año 1793 calceteras que cantaban la *Carmañola*, y se divertían con cabezas cortadas; pero ¿quien las había cortado? Los hombres.

Hubo también en el año 1871 petroleras que daba miedo ver, cuando andaban por entre los resplandores de los incendios y de la fusilería, hechas unos verdaderos fantasmas sin pudor, verdaderas furias revolucionarias, con las manos ennegrecidas de polvora y teñidas en sangre. y acabando á pisotones la vida de los rehenes medio morimundos; pero ¿quien había derribado y dejado tendidos en el suelo á aquellos rehenes? Los hombres. ¿Quien había envenenado con mortíferas arengas á esas desgraciadas criaturas, y quien había lanzado á la calle á aquellas bestias dañinas? Los hombres. Los hombres, pues son los autores responsables de todas las anarquías sangrientas. Ellos son los apesados y los que propagan la peste. Por consiguiente, ellos son á quienes hemós de curar. Mas, para curarlos, menester es que sepamos la causa y el germen del mal que padecen.

El germen del mal está en el egoismo, que no pretende sino gozar. El egoismo va minando, poco á poco y en secreto, á la sociedad, á imitación del virus de la rabia, que, infiltrándose lentamente en el organismo, sin perjuicio, al parecer, estalla al cabo de un período más ó menos largo de incubación, en que ya ni hay fuerza que le resista; ni cosa á que no ponga espanto. Se quiere gozar, y gozar á toda costa. sea lícito ó ilícito; gozar aquí abajo, porque no hay fe en el más allá; gozar en todo tiempo, y á cada instante, y con todas las potencias y sentidos, y con toda la intensidad posible, porque la vida es corta. Este es el grito de la bestia más loca que hay, que es el hombre, cuando se olvida de sus eternos destinos; esta es la voz de la lujuria, que el Profeta anunciaba, y este es el grito característico de una época en que reina por todas partes el egoismo, así en las clases superiores como en las inferiores de la sociedad.

El rico y sin religión vive en un lujo escandaloso; bebe en la copa del orgullo y en la orgía; danza desconcertadamente, como aquellos fantasmas decapitados con que Heine pintó la danza de los muertos Mas he aquí que durante ese tiempo la tempestad se va acercando y comienza á rugir. Esta tempestad es el pueblo, el pueblo que no tiene nada de cuanto tiene el rico. pero que no piensa tampoco en otra cosa que en gozar él también, cuando no tiene esperanzas más altas; el pueblo, herido en lo más delicado de su corazón por la serpiente de la envidia, y colocado bajo los balcones iluminados en que se van sucediendo las sombras de las parejas que están bailando; el pueblo, con mirada fiera y con actitud amenazadora, llega, por fin á dar suelta á sus pasiones, salta y entra como huracán, en la sala en que el rico se está devirtiendo, y barre, como á paja, á los asustados, danzantes. si es que no los deja sepultados entre las ruinas del edificio.

Y después ¿qué sucede? ¿Pensais que ha de aparecer, por ventura, en el horizonte del mundo alguna aurora, así como aparece brillante el día en nuestro horizonte después de una noche tempestuosa? No, porque aparece siempre el egoismo. El egoismo de los que han triunfado olvidado y desprecia al egoismo de los que viven tras ellos, y habiendo prometido repartir por igual el pan y el oro, hace de su presa porciones y se las reparten con condiciones leoninas.

Y ¡ay del pueblo si murmura de descontento! Porque se le sujeta y se le aplasta con otra tiranía, mayor que la primera de la cual se quejaba. Pero á la miseria no

se la tiene mucho tiempo amordazada, sino que acaba sienpre por hacerse entender expone á gritos sus padecimientos, brama para decir sus deseos, hasta que llega por fin el día que estalla de nuevo el huracán pero más devastador que nunca.

Ahí teneis nuestra historia, la eterna comedia, seguida siempre de tragedias cada vez más sangrientas. Esas clases irreligiosas de la sociedad, fustigadas por el viento de la anarquía, se parecen á las olas que revientan en espaciosa playa: cada una de ellas avanza veloz, se hincha yergue amenazadora su encrespada cresta, se precipita contra la inmediata que va delante, la vuelve á cubrir y la ahoga hasta ser ahogada ella por la que la sigue. Pero por más que los partidos se venzan y sucedan unos á otros, siempre queda un egoísmo que mata á otro egoísmo y una tiranía que sucede á otra tiranía.»

Solo lo que mate el egoísmo puede traer la salvación; y solo la comunión frecuente mata el egoísmo.

VARIEDADES

Milagro Eucarístico de Alboraya

El párroco del pueblecito de Alboraya, en el Reino de Valencia, iba á administrar el santo Viático á un enfermo en el pueblo de Almacera. Al atravesar un torrente, de ordinario poco profundo, pero en aquel momento engrosado por recientes lluvias, creyó poder como otras veces pasarlo con felicidad, pero se le deslizó el pie y el copón que contenía las sagradas Formas se le cayó. No logrando hallarlo, corrió al pueblo vecino á narrar su desventura, y todos los hombres del pueblo corrieron al torrente en busca del preciado tesoro.

Después de muchos y penosos trabajos se halló el copón, pero abierto y vacío; así, que al primer impulso de alegría sucedió mayor pena; cuando Dios, con milagro inaudito, mandó á su pueblo inesperado consuelo.

Se vieron pecesillos salir á flor de agua llevando cada uno una de las Hostias perdidas. Se mantenían en medio de la corriente con la cabeza fuera del agua, exponiendo así á la adoración de los allí reunidos las Hostias santas. Los primeros que lo advirtieron fueron los que estaban aún dentro del torrente, y no atreviéndose á acercarse por respeto á S. D. M., llamaron al sacerdote con los restantes para que presenciarán el prodigio.

El milagro era patente y todos fueron de parecer de irse á la iglesia, el sacerdote á revestirse y los demás á proveerse de cirios, para formar procesional cortejo al Santísimo Sacramento.

Entretanto los peces permanecían inmóviles en su puesto, pero cuando el sacerdote, revestido de los ornamentos sacros, se acercó al torrente, súbitamente, saliendo del agua se fueron á él llevándole cada uno su Hostia sana é intacta y enjuta, á pesar de haber estado varias horas en el agua.

Los peces, como si hubieran comprendido su gloria en haber sido dignos de tocar la adorable Eucaristia, se volvieron bajo el agua manifestando con un brinquito su mucha alegría. Enlonces el pueblo, con cirios encendidos y fervorosos cánticos de acción de gra-

cias, acompañaron procesionalmente el Santísimo Sacramento hasta la parroquia de Alboraya, donde las sagradas Hostias se conservan aún incorruptas.

Para consolar á los habitantes de Almacera, que era adonde llevaban el Viático, se les regaló el copón, que aún conservan. Además, sobre otro rico copon de su iglesia, hicieron grabar dos peces que llevan la Hostia santa, y debajo estas palabras:

«¿Quién negará de este Pan el Misterio cuando un mudo pez nos predica la fé? A.S.»

SUETOS Y NOTICIAS

ODIO SECTARIO

Procesion disuelta.—Tumulto.—Los sectarios.—Mueras y vivas.

Por noticias telegráficas oficiales y otras particulares más detalladas, se ha sabido que el jueves por la tarde se produjo un gran desorden, que pudo tener funestas consecuencias, en Moratalla (Murcia), cuando se celebraba la procesion del Corpus.

El ayuntamiento y la banda de música municipal, con motivo de la organizacion de la procesion, promovieron una cuestion sobre cual era el lugar que habia de ocupar en la procesion. El señor cura párroco procuró complacer al ayuntamiento, en bien de paz y de concordia y la procesion salió sin ningun otro incidente.

Pero el plan era, segun luego se ha sabido impedir que saliera la procesion, y como esta no se suspendió, comenzaron los sectarios á reclutar gentes en las tabernas y formar grupos que tumultuariamente salieron al encuentro á la procesion, profiriendo gritos y blasfemias horribles y amenazando con sendos garrotos apalea al clero y fieles sin respeto al Santísimo Sacramento.

Tan enardecidos iban los que formaban las turbas y tan resuelta era su actitud, que el comandante del puesto de la guardia civil con las parejas á sus órdenes, que iban tambien en la procesion, creyeron prudente aconsejar á los sacerdotes disolver la procesion y guarecerse en una iglesia próxima, que no era la parroquia de donde salió y adonde debió volver la procesion.

Y así se hizo, siendo preciso que la guardia civil defendiese al clero y fieles de la acometida brutal de las turbas tabernarias.

El alcalde y demás autoridades locales que en la procesion iban, nada hicieron por evitar el tumulto y sus consecuencias.

Disuelta la procesion, se organizó una manifestacion sectaria, que recorrió el pueblo gritando: ¡Mueran los jesuitas! ¡Abajo los curas! ¡Viva la libertad!

En efecto para esta manifestacion hubo libertad; para la procesion nó.

OTRA MUESTRA DE ODIO

En Villanueva del Huerva, pueblo próximo á Zaragoza, se ha desarrollado un sangriento suceso, que ha producido gran sensacion por la calidad de los protagonistas.

El maestro de instruccion primaria, D. José Chía Armente, y el cura párroco, D. Angel Julián, se encontraban en la casa abadía conversando sobre si lo niños debían asistir ó no á la procesion del Corpus.

El cura aconsejaba al maestro la conveniencia de enseñar á los niños las practicas religiosas, y exponía argumentos que el maestro contradecía.

La conversacion, tranquila en los comienzos, degeneró pronto en disputa por parte del maestro, que comenzó á insultar al sacerdote, el cual, ante tamaño desafuero, se levantó y se dirigió á la puerta de la habitacion con objeto de dejar solo al maestro.

Chía, ciego de coraje, sacó un puñal y acometió al párroco, dejándole muerto de tres puñaladas que le asestó en el vientre.

Después, cometido el crimen, se dirigió á su casa, y desde allí se fué á pié á Zaragoza, presentándose al jefe de vigilancia.

MÁS SOBRE ESTE BÁRBARO CRIMEN

El párroco de Villanueva, vilmente asesinado, era un sacerdote ejemplarísimo, celoso en el cumplimiento de su sagrado ministerio, bondadoso y muy querido de sus feligreses por su caridad inagotable.

El maestro es hombre de ideas avanzadas, liberal sectario, irascible y pendenciero, y fué á ver al cura armado del cuchillo con que cometió su horrendo crimen, dispuesto á armar camorra, contrariado porque el párroco habia influido con el alcalde para que los niños asistiesen á la procesion del Corpus y para que se excitase el celo del maestro, á fin de que no pusiese trabas como venia poniéndolas, para que sus alumnos concudiesen á practicas religiosas. El buen párroco recibió con amabilidad y cortesía al excitado maestro, que entró ya en la casa rectoral con malos modales, y con palabras cariñosas trató de convencerle para que depusiera su actitud airada. El criminal, no obstante, realizó su delito como lo tenía premeditado.

SUSCRIPCION PARA SOCORRER Á D. BERNARDO SANTIAGO FRANCO POBRE, ENFERMO Y CESANTE, POR HABER INVENTADO Y PROPAGADO LA COLOCACION DE PLACAS DEL SAGRADO CORAZON DE JESÚS EN LAS FACHADAS DE LAS CASAS.

Pts. Cts.
Suma anterior. 2316 96
D. Miguel A. de Obineta, Pbro. 5
Un Católico rancio de Pamplona 2
D. Juan José Medero 2
Una devota del S. Corazón, Salamanca 2
D. Antonio del Corral 5
Un Sr. Sacerdote de Teruel 2
Una Joven servienta de Bilbao 1

Suma. 2335 96

(Queda cerrada.)

LA LECTURA POPULAR

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA

Una accion 4 pesetas mensuales
Media id. 2 » »
Un cuarto id. 1 » »
Un octavo id. 0.50 » »

Por medio de corresponsal 25 céntimos más por accion mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse tambien la suscripcion en Madrid en la administracion de La Semana Católica, Paz 6, principal, y en las demás librerías católicas.

Imp. de LA LECTURA POPULAR